

Nuria Calduch-Benages

LA PALABRA CELEBRADA

Explicación bíblica de las lecturas
de todos los domingos y fiestas

Adviento y Navidad, ciclo A
*Del 27 de noviembre de 2022
al 8 de enero de 2022*

dossier **CPL**
editorial

ADVIENTO

Domingo 1 de Adviento

Primera lectura: Isaías 2,1-5

El Señor reúne a todos los pueblos en la paz eterna del Reino de Dios.

Profeta clásico del tiempo de Adviento, Isaías describe en este texto una visión espléndida y esperanzadora sobre Judá y Jerusalén (cf. Mi 4,1-3 donde aparece el mismo texto con algunas variantes). En contraste con los oráculos de juicio del capítulo anterior, nuestro texto rezuma paz, seguridad y concordia universal. La visión no se refiere al pasado sino que anuncia un acontecimiento futuro. Al final de los tiempos el monte Sión será el centro hacia donde peregrinarán todos los pueblos. La casa de Jacob, entiéndase todo el pueblo de Dios, tiene la misión de ser el primer testimonio de esta peregrinación masiva.

La visión, ciertamente de carácter escatológico, proyecta un movimiento hacia el centro y hacia lo alto. Eso significa que la historia no es un proceso de degeneración y disgregación continua sino todo lo contrario. Gracias a la Palabra y a la Ley de Dios, que infunden en ella una fuerza unificadora y trascendente, los impulsos de muerte se transforman en energía de vida y de paz. Estos cuatro versículos son, sin lugar a dudas, un canto a la paz universal.

Segunda lectura: Romanos 13,11-14

Nuestra salvación está cerca.

Después de unos versículos dedicados a la caridad como cumplimiento de la Ley, Pablo invita a los cristianos de Roma a una vida santa. El tono de sus palabras, apremiante y radical, deja entrever el momento histórico que vivían las primeras comunidades. Ahora bien, más que de un momento cronológico se trata de un momento teológico y existencial.

Por medio de imágenes contrastantes (día-noche, luz-tinieblas, despertar-sueño), Pablo exhorta a los cristianos a vivir el «ahora» de la salvación. Para ello, tienen que abandonar las tinieblas de la noche y abrirse a la luz del nuevo día. En otras palabras, tienen que renunciar a las costumbres paganas, a la degradación moral... y configurarse plenamente con Cristo. Este fragmento de la carta a los Romanos es precisamente el que transformó el corazón de san Agustín cuando lo leyó en el jardín de su residencia cerca de Milán.

Evangelio: Mateo 24,37-44

Estad en vela para estar preparados.

El fragmento forma parte del quinto y último discurso del evangelio de Mateo, conocido como el «Sermón escatológico», donde Jesús expone su doctrina sobre la escatología o acontecimientos últimos (cap. 24 y 25). En estos capítulos el evangelista quiere dar una respuesta a la compleja situación que vivía su comunidad mientras esperaba el retorno de Jesucristo y la llegada del Reino. En los primeros momentos la esperanza de sus miembros era viva y constante (como lo testimonia la primera carta a los Tesalonicenses, 4,13-18; 5,1-11), pero a medida que pasaba el tiempo se fue transformando en desasosiego y desilusión porque ni Jesucristo regresaba ni el Reino llegaba. ¿Cómo afrontar entonces esta situación?

Después de hablar largo y tendido sobre la venida gloriosa (o Parusía) del Hijo del Hombre (es decir, del Señor) y de las tribulaciones y persecuciones que padecerán los cristianos antes de ese momento, Jesús ilustra la actitud que deberán adoptar los que lo esperan con tres reflexiones.

La primera (vv. 37-39), centrada en el ejemplo bíblico del diluvio, aconseja imitar a Noé que, a diferencia de sus contemporáneos, escuchó la voz del Señor y actuó en consecuencia tomando las medidas oportunas. Hay que preparar la salvación; esta no se improvisa en el último momento.

La segunda (vv. 40-41) advierte del riesgo del fracaso: dos personas que se encuentran en una idéntica situación pueden tener un desenlace diverso (acogida en el Reino o expulsión) según sea la opción que hayan tomado ante el Señor. Es decir, en la vida de cada persona y en la historia de la humanidad se enfrentan continuamente luz y tinieblas, bien y mal, justicia y egoísmo. Ante este dilema no vale la indiferencia. El Señor urge a cada uno a tomar posición, a pronunciarse por él o en contra de él.

La tercera y última reflexión (vv. 42-44) exhorta a la vigilancia permanente y lo hace mediante la parábola del ladrón que llega de imprevisto y desvalija la casa desatendida. El momento final es incierto: «No sabéis el día en que vendrá vuestro Señor». Por eso hay que velar, hay que estar despiertos cuando otros duermen, hay que estar siempre a punto. El Señor llega sin previo aviso.

Domingo 2 de Adviento

Primera lectura: Isaías 11,1-10

Con equidad dará sentencia al pobre.

Los cap. 1–12 del libro de Isaías, sección que refleja con gran probabilidad la predicación del profeta del siglo VIII aC, consta de dos partes principales: la primera está formada por los cap. 1–5 (oráculos anteriores a la guerra siro-efraimita) y la segunda por los cap. 6–12, conocidos como el «Libro del Enmanuel». Con el nombre de Enmanuel («Dios-con-nosotros»), referido a Judá, Isaías quiere expresar la presencia de Dios en medio de su pueblo.

En este contexto se sitúa Isaías 11,1-10 (cf. por contraste 10,27-34). Dos partes simétricas dominadas por dos series de metáforas componen este oráculo mesiánico. La primera parte (vv. 1-5) coloca al centro de la escena un tronco cortado y seco (símbolo de los pecados y la infidelidad de la dinastía davídica) del que empieza a brotar un renuevo (el Mesías enviado por Dios). Inspirado por el Espíritu, el Mesías recibe el don más alto: la construcción en el mundo de un reino de justicia y paz. La segunda parte (vv. 6-12), en la misma línea de la anterior, describe un paraíso en la tierra, donde parejas antitéticas de animales (salvajes y domésticos) conviven pacífica y armoniosamente. Esta profusión de imágenes esconde un mensaje lleno de esperanza: el mundo se renueva, reina la paz mesiánica y toda la humanidad está invitada a participar en ella.

Segunda lectura: Romanos 15,4-9

Cristo salvó a todos los hombres.

Este fragmento de la carta a los Romanos empieza con una reflexión sobre las Escrituras. Fuente de instrucción para los creyentes, las Escrituras no sólo son indispensables para comprender el misterio de la vida y de la muerte de Cristo sino que además son fuente de luz y consolación para la propia vida. A continuación, Pablo pone como ejemplo de caridad fraterna a Jesucristo quien, sin hacer nunca ninguna discriminación, dio la vida por todos; por los judíos, llevando a cumplimiento las promesas hechas a los padres y también por los paganos, extendiendo su misericordia a todos los pueblos.

Evangelio: Mateo 3,1-12

Haced penitencia porque se acerca el Reino de los cielos.

La figura de Juan el Bautista predicando en el desierto, típica de Adviento, ocupa el centro del evangelio. Detrás de ella se perfila la presencia y la predicación de Jesús. De hecho, la frase «Convertíos, porque está cerca el Reino de los cielos» (v. 2), síntesis de su anuncio, aparecerá más adelante (4,17) en boca de Jesús.

Mateo identifica a Juan con «la voz que clama en el desierto» mencionada por el Deutero-Isaías en el prólogo del Libro de la Consolación (cap. 40–55). De este modo, el evangelio afirma que la predicación de Juan el Bautista forma parte de la historia de salvación porque corresponde a un texto de la Escritura. Además, el evangelio identifica al «Señor» del que habla el profeta con Jesús a punto de iniciar su predicación. Y, por consiguiente, «los caminos del Señor» son ahora los caminos de Jesús. La misión de Juan el Bautista es precisamente preparar esos caminos; en otras palabras, ser el precursor del Mesías que anuncia al que viene detrás de él con mayor dignidad y poder. Como los profetas del desierto, Juan Bautista es descrito con rasgos de austeridad y su vestido recuerda el del profeta Elías (2Re 1,8).

Después de mencionar brevemente su actividad (predicar y bautizar) y las muchas personas que acudían a él (v. 5), Mateo nos presenta un ejemplo de predicación (vv. 7-12) no exento de dureza. Juan el Bautista arremete contra los hipócritas que piden ser bautizados, contra los que se creen amparados y protegidos por la Ley, contra los que ostentan el título de «hijos de Abrahán» y lo utilizan como escudo protector (vv. 7-9). La conversión no es una cuestión teórica sino vital, pues nace en el corazón. Convertirse es dar fruto.

La escena más fuerte y radical de la predicación del Bautista presenta al Mesías como un juez exigente (vv. 11-12) y describe su acción con un lenguaje simbólico y de claro matiz escatológico. Así como, una vez terminada la cosecha, se criba el grano para almacenarlo en el granero sin la paja; así como se cortan y queman los árboles que no dan fruto, el Mesías esperado desenmascarará definitivamente el mal que se esconde en las muchas hipocresías humanas y llevará a cabo una purificación total de las conciencias. El Mesías no bautizará con agua sino con «Espíritu Santo y fuego». Así pues, toda la miseria y la fragilidad humana serán vivificadas por un espíritu creador y transformador; todos los pecados y las injusticias de la humanidad se consumirán en este crisol purificador.

Domingo 3 de Adviento

Primera lectura: Isaías 35,1-6a.10

Dios vendrá y nos salvará.

Los capítulos 34 y 35 del libro de Isaías, conocidos como «el pequeño apocalipsis», son una colección de textos escatológicos pertenecientes a la época exílica y postexílica estrechamente relacionada con el Deuteronomio (Is 40–55). Se caracterizan por el contraste entre la destrucción de Edom (34,1-17), símbolo del mal, y la felicidad y bendición que Dios concede a Israel (35,1-10).

Nuestro texto describe una escena toda ella rebosante de alegría y júbilo que contrasta fuertemente con el caos y la desolación del oráculo anterior. Basta fijarse en los verbos (regocijarse, alegrarse, florecer, cantar, resarcir, salvar...) y en los sustantivos (gozo, alegría, gloria, belleza, cánticos...). Este cambio radical afecta a la naturaleza muerta (vv. 1-2) y a las personas más débiles (vv. 3-6a). Por ejemplo, el desierto se convierte en una «vía santa» que recorren jubilosos los exiliados de Babilonia en su regreso a la patria (v. 10). Ahora bien, no hay que olvidar que las imágenes utilizadas esconden una dimensión escatológica, es decir, detrás de una discreta restauración nacional que se prevé inminente, el profeta anuncia la gloria definitiva del reino de Dios que aun está por llegar.

Segunda lectura: Santiago 5,7-10

Manteneos firmes, porque la venida del Señor está cerca.

La carta de Santiago es la primera de las cartas conocidas con el nombre de católicas. Se dirige a los judeo-cristianos que viven fuera de la tierra de Israel, diseminados en el mundo greco-romano, o sea en la diáspora.

Casi al final de la carta, después de una acusación contra los ricos que confían exclusivamente en las riquezas y privan a los trabajadores de su salario (5,1-6), Santiago se dirige a todos los miembros de la comunidad, la mayoría pertenecientes a la clase media-baja de la sociedad. Les exhorta a esperar con paciencia y constancia la venida del Señor (la parusía) y a prevenir su juicio inminente («el juez está ya a la puerta»). Les pone por ejemplo la paciencia del agricultor cuando espera la cosecha y el sufrimiento de los profetas en cuanto anunciadores de la Palabra del Señor.

Evangelio: Mateo 11,2-11

¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?

Juan el Bautista es el protagonista de la escena. No se encuentra en el desierto de Judá sino en la cárcel de Maqueronte por haber acusado a Herodes Antipas de inmoralidad pública. Durante su encierro piensa en algo que le preocupa y no acaba de entender, algo que le produce una cierta desilusión. Se trata de la predicación y el comportamiento de Jesús que se presenta como salvador y sanador. Ni lo uno ni lo otro encajan con la imagen más bien judicial que él tenía del Mesías. Por eso, queriendo salir de dudas, le interpela por medio de sus discípulos. Se establece así un diálogo entre el precursor y el Mesías (vv. 2-6).

En lugar de responder directamente a la incisiva pregunta de Juan, Jesús apela a su misión entre el pueblo, es decir, a sus obras y palabras y, como en otras ocasiones, utiliza algunos textos de los profetas para fundamentar sus afirmaciones. En este caso recurre a una serie de oráculos del profeta Isaías en torno al tema de las curaciones (por orden, Is 35,4-6; 26,19; 29,17-19 y 61,1). Es de notar que los leprosos son los únicos que no aparecen en los citados textos (cf. 2Re 5,1-27, la curación del general sirio Naamán). Las obras que Jesús realiza son, en definitiva, obras de salvación. Por lo que respecta a sus palabras, éstas no son sino el evangelio de los pobres de Yahvé que Mateo resume en el «Sermón de la montaña» (cap. 5, 6 y 7). Un evangelio difícil de entender porque se opone a los parámetros triunfalistas del mundo. Por eso, el diálogo termina con una bendición dirigida a aquellos que lo aceptarán sin escandalizarse (v. 6). Recordemos que muchos esperaban otro tipo de Mesías, un héroe violento y triunfante que iba a solucionarles de manera rápida y eficaz todos los problemas temporales.

En la segunda parte del texto (vv. 7-11) la iniciativa la toma Jesús, quien dirigiéndose a la multitud, hace un magnífico elogio de Juan Bautista a base de una serie de preguntas que se suceden sin pausa una tras otra. Le rinde homenaje públicamente declarándolo hombre firme, austero y con carisma de precursor. Profeta auténtico que da testimonio con la propia vida, profeta valiente que no se doblega ante los poderosos. En conclusión, el más grande entre los mortales («los nacidos de mujer»), el más grande de los que han preparado el Reino de los cielos (v. 11).

Domingo 4 de Adviento

Primera lectura: Isaías 7,10-14

La virgen concebirá.

Situado en el así llamado «Libro del Enmanuel» (cap. 7–12), nuestro texto contiene el primer «oráculo del Enmanuel», un texto de difícil interpretación que el evangelista Mateo utilizó en la versión griega para mostrar la filiación davídica y divina de Jesús.

El marco histórico del oráculo es la guerra siro-efraimita (siglo VIII aC). Acáz, rey de Judá, no quiere aliarse con Israel y Siria para oponerse al invasor asirio, prefiriendo venderle su independencia. El profeta Isaías intenta disuadirle, exhortándole a confiar solo en Dios. Es más, le invita a pedir a Dios un signo de protección, pero el rey rehúsa la petición por aparentes motivos religiosos (vv. 11-12). Frente a esta negativa, Dios mismo toma la iniciativa y le da un signo inesperado y sorprendente: el nacimiento de un niño. El oráculo menciona a la madre (en hebreo, una joven; en griego, una virgen), el nombre del niño, los alimentos que tomará y una referencia a su futuro en relación con el futuro del pueblo y de la dinastía davídica. Con él se perpetuará la dinastía de David que Acáz tan indignamente representa.

El nombre-augurio del niño, Enmanuel (en hebreo, «Dios-con-nosotros») es un anuncio de salvación. Por medio de él Dios manifestará a su pueblo su presencia protectora.

Segunda lectura: Romanos 1,1-7

Jesucristo, de la estirpe de David, Hijo de Dios.

Este texto, que podría titularse «saludos y profesión de fe», pertenece a la sección introductoria de la Carta a los Romanos, la carta paulina más famosa y más importante debido a los temas tratados y a su repercusión en la teología cristiana. El tema fundamental toca la base de la existencia humana: ¿cuál es la posición justa que el ser humano debe adoptar ante Dios? Según Pablo, es la fe mediante la cual el ser humano cree, se entrega a Dios y confía en su Palabra.

El apóstol se presenta a la comunidad cristiana de Roma con tres títulos: como siervo, como apóstol y como escogido. En otras palabras, se siente propiedad del Señor y enviado por Él. Pablo no anuncia Cristo por propia

iniciativa; se siente elegido (literalmente: «puesto a parte», «separado»), reservado para la difusión del Evangelio, la buena noticia de Dios a la humanidad, es decir, Jesucristo, en quien se cumplen los anuncios y las promesas del Antiguo Testamento.

Evangelio: Mateo 1,18-24

Jesús nacerá de María, desposada con José, Hijo de David.

A diferencia de Lucas, el Evangelio de la Infancia de Mateo (cap. 1-2) concede un gran protagonismo a José, personaje central en todo el relato. De origen judío, no pone en duda ninguna de las insinuaciones divinas que recibe por medio de sueños y del ángel enviado por Dios. Fiel observante de la Ley, acoge al niño y a su madre, protegiéndolos en todo momento. José se convierte así en prototipo del judío fiel que ha sabido acoger a Jesús.

La introducción del Evangelio de la Infancia (1,1-17) presenta la genealogía de Jesús, es decir, su origen humano como descendiente de Abraham e hijo de David, insinuando que su nacimiento tuvo lugar por una intervención divina: «Y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Mesías» (v. 16). La siguiente escena (1,18-24) explica cómo Jesús, nacido misteriosamente de María («había concebido del Espíritu Santo»), entra a formar parte de la dinastía davídica por medio de José que lo adopta como hijo. Con la imposición del nombre al recién nacido y al recibir a María en su casa, José reconoce legalmente a Jesús. De ahí que Mateo pueda afirmar que Jesús es descendiente de David, pues José pertenecía a la estirpe de David.

El relato termina con una cita de «cumplimiento», es decir, una cita de la Escritura, en este caso Is 7,10, introducida por una fórmula que indica que las profecías del Antiguo Testamento se cumplen en los acontecimientos relativos a Jesús. Mateo se inspira en ella y la utiliza, adaptándola a su contexto y a su intención teológica. Para él, dicha profecía era una especie de prueba escriturística sobre la identidad de Jesús. Resulta evidente que el hijo de María y José no se llama Enmanuel (como el hijo de la joven), sino Jesús. Pero lo que a Mateo interesa no es tanto el nombre en sí cuanto su significado simbólico. Enmanuel significa «Dios-con-nosotros» y es precisamente este significado lo que le ayuda a recalcar la filiación divina y davídica de Jesús. Jesús, descendiente de la casa de David, será el Dios con nosotros. Además, el nombre de Enmanuel, mejor dicho, su significado, enlaza con la última palabra que Jesús Resucitado dirige a los apóstoles al final del evangelio: «Mirad que yo estoy con vosotros cada día hasta el fin del mundo» (28,20).

NAVIDAD

Navidad (misa de medianoche)

Primera lectura: Isaías 9,1-3.5-6

Un hijo se nos ha dado.

A los oscuros versos de Is 8,21-23, donde se describen los días oscuros que se cernirán sobre las tribus y las regiones del Norte (Zabulón, Nefatí y Galilea) provocados por la invasión asiria, sigue un oráculo donde se anuncia la salvación (9,1-6) bajo las imágenes de luz, victoria y gozo exultante. Dicha salvación vendrá a través del nacimiento (o bien la entronización) de un rey liberador descendiente de la casa de David.

«El día de Madián» en 9,3 evoca la victoria que obtuvo Gedeón gracias a la intervención prodigiosa del Señor que sembró el pánico y la confusión entre los madianitas quienes, matándose los unos a otros en la oscuridad, al final huyeron despavoridos (Jue 7,19-25). El mensaje central del episodio es evidente: la victoria es completamente obra del Señor.

El niño que ha de venir (el mismo Enmanuel de Is 7,14) recibe cuatro nombres simbólicos que ponen de manifiesto la acción de Dios en su persona («Maravilla de consejero», «Dios guerrero», «Padre perpetuo», «Príncipe de la paz») a la vez que aluden a la restauración en Israel de la dinastía davídica, una restauración que tendrá su centro en la fuerza de la paz.

La última frase del oráculo («el celo del Señor lo realizará»), hace referencia al amor apasionado del Señor por su pueblo y al cambio de destino que traerá consigo el nacimiento (o bien la entronización) del nuevo rey. Su objetivo es confirmar una vez más que la salvación viene del Señor y no de la casa real.

Segunda lectura: Tito 2,11-14

Ha aparecido la gracia de Dios para todos los hombres.

Este fragmento constituye el corazón de la carta que Pablo dirige a Tito, su discípulo y compañero de misión que tanto le ayudó a reconciliarse con la comunidad de Corinto durante su tercer viaje misionero, cuando se encontraba en la ciudad de Éfeso. Tito fue la persona clave para resolver el conflicto.

En esos cuatro versículos, Pablo presenta la encarnación de Jesucristo como fundamento de la vida cristiana. Su ejemplo enseña a superar los deseos mundanos para vivir según el evangelio, es decir con sobriedad, honradez y religiosidad.

Evangelio: Lucas 2,1-14

Hoy os ha nacido un Salvador.

El relato lucano es una contemplación del nacimiento de Jesús que ilustra la sensibilidad histórica, el arte narrativo y la profunda cristología del evangelista. Dividido en tres partes bien delimitadas: el nacimiento de Jesús (vv. 1-7), la anunciación del ángel a los pastores (vv. 8-14) y la visita de los pastores a Belén y su regreso (vv. 15-20), termina con un versículo de carácter redaccional (v. 21). Sorprende que una parte considerable del texto esté dedicada a los pastores, sobre todo si lo comparamos con el evangelio de la infancia de Mateo donde no hay pastores sino unos magos de oriente.

Nuestro fragmento recoge solamente las dos primeras partes del relato. La primera, o sea el nacimiento de Jesús, presenta un horizonte amplísimo. Hace referencia a un decreto de César Augusto que ordena hacer el censo de todo el imperio romano. Del imperio se llega a Siria, donde gobernaba Quirino (cf. en Hch 5,37 la reacción zelota contra su administración), después se pasa a Galilea, luego a Judá y, por último, la atención se concentra en la ciudad de David llamada Belén (en hebreo, «la ciudad del pan»). Allí encontramos a María, esposa de José, encinta que, llegado el momento del parto, dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre. Algo del todo natural y a la vez extraordinario. La concentración ha alcanzado su clímax. Al augusto emperador con sus ambiciones de poder universal, se contraponen la máxima pobreza del nacimiento de Jesús que Lucas ha inmortalizado con el «pesebre».

A partir del v. 8, empieza la segunda parte del relato y el horizonte se ensancha de nuevo por medio de la intervención de un ángel del Señor que anuncia a los pastores una gran alegría para todo el mundo. Justamente los pastores de Judá, la categoría social más humillada, tienen el privilegio de ser los primeros en recibir el anuncio gozoso: «Os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor» (v. 11). De las tres afirmaciones sobre el niño que acaba de nacer, Lucas privilegia la primera: Salvador (en griego, *soter*), que es trasposición helenista del nombre «Jesús» (cf. Mt 1,21: «y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados»). El pensamiento lucano gira alrededor de esta afirmación: Jesús es el único Salvador.

El cántico de los ángeles (vv. 13-14) proclama que la salvación de Jesús encierra dos valores inseparables: la paz de los hombres y la gloria de Dios. Cielo y tierra se funden en un armonioso abrazo. Dios y la humanidad unidos para siempre.

Navidad (misa del día)

Primera lectura: Isaías 52,7-10

Los confines de la tierra verán la victoria de nuestro Dios.

La primera lectura está sacada del «Libro de la Consolación» (Is 40–55), obra del Deutero o Segundo Isaías, profeta anónimo del exilio. Nuestro fragmento es un himno o una invitación al canto que funciona como conclusión de Is 51,9–52,12, una unidad poética compuesta de tres oráculos de salvación: 51,9–16 («¡Despierta, Señor!»), 51,17–23 («¡Despierta, Jerusalén!») y 52,1–6 («¡Despierta, Sión!»). El contenido es una síntesis del mensaje del profeta que culmina en el siguiente anuncio de salvación: la salida inminente de los exiliados de Babilonia.

Is 52,7–10 es un canto de júbilo porque el Señor reina, regresa a Sión y rescata a Jerusalén, sumida en la miseria, devastada por los desastres de la guerra. Esta es la gran buena nueva (evangelio) que anuncia el mensajero de la paz. El texto, de una gran belleza poética y literaria, transmite y contagia alegría exultante. Todos corren, se mueven, se agitan, alzan sus voces porque viene el Señor a liberar a su pueblo. El mensajero veloz anuncia la paz y los centinelas junto con las ruinas de Jerusalén cantan a coro una misma melodía. La consolación del Señor llega y la vida renace para todos. La victoria de «nuestro Dios» se hace manifiesta y la contemplan todas las naciones (v. 10).

El canto termina con los vv. 11–12 (el leccionario los omite) donde resuena el motivo del nuevo éxodo. Si en el pasado los israelitas salieron de Egipto y atravesaron el desierto para llegar a la tierra prometida, ahora los exiliados salen de Babilonia e inician un largo viaje de regreso a la patria. La historia se repite.

Segunda lectura: Hebreos 1,1-6

Dios nos ha hablado por su Hijo.

La carta a los Hebreos desconcierta porque no se presenta como una carta. Le faltan las fórmulas iniciales habituales como el remitente, los destinatarios, los saludos. Parece más bien una larga homilía o un discurso exhortativo con una conclusión litúrgica. De hecho, el fragmento que hoy leemos, el prólogo (Heb 1,1-6), confirma lo dicho.

Amplio y solemne, el prólogo atestigua que este escrito no pertenece al género epistolar sino al parenético o exhortativo. Se podría definir como

una «palabra de exhortación» (Heb 13,22) probablemente dirigida a los cristianos provenientes del judaísmo afligidos por una grave crisis comunitaria.

Después de mencionar la revelación del Antiguo Testamento, el autor presenta al único protagonista del Nuevo Testamento, el Hijo de Dios. Él es la palabra del Padre que está al origen de todo cuanto existe e interviene de forma privilegiada en la salvación del mundo a través de una mediación de carácter sacerdotal.

Evangelio: Juan 1,1-18

La Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros.

El cuarto evangelio comienza con un himno sobre el Verbo/la Palabra (en griego, *logos*) al que nos solemos referir como «el prólogo» (Jn 1,1-18). El Prólogo es un himno cristológico independiente que fue incorporado al evangelio. Esto resulta evidente si prestamos atención a su vocabulario. Palabras clave de este himno, como *logos* (palabra), *kharis* (gracia) y *pleros* (plenitud), no vuelven a aparecer en ningún otro pasaje del evangelio. Lo mismo vale para la idea del v. 14: la Palabra que establece su tienda en medio de nosotros. Con todo, el Prólogo es la clave de lectura que ilumina el resto del evangelio y nos permite captar su significado más profundo.

Este himno es un caso singular, y esto por dos motivos: primero, porque su autor utiliza el concepto de *logos* para identificar a Jesús con Dios; segundo, porque este *logos* presenta muchas afinidades con la *sophia* de algunos textos del Antiguo Testamento, en especial Proverbios 8 y Eclesiástico 24.

En síntesis, el Prólogo es un poema doctrinal sobre la venida al mundo de Jesucristo, Hijo de Dios y revelación del Padre. Puede dividirse en cuatro partes. En la primera (Jn 1,1-3) destaca el aspecto cosmológico: siendo Hijo y Palabra de Dios, Cristo es para la humanidad resplandor visible y comunicación de la Verdad que se identifica con Dios. Utilizando una alegoría bíblica, Cristo es la Luz de la humanidad. La segunda parte (Jn 1,6-8) es en realidad un paréntesis en la composición, pues está dedicada a la figura de Juan el Bautista presentado como «testigo de la Luz». En la tercera parte (Jn 1,9-13) el autor narra la venida de la Luz al mundo y la acogida o rechazo que recibe por parte de los humanos. La cuarta y última parte (Jn 1,14-18) versa sobre la economía de la salvación. El v. 14 constituye el clímax de la entera composición: «Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros...». Significa que la Palabra no solamente entra en el mundo sino que entra a formar parte de la raza humana. En otras palabras, la encarnación del Verbo.

Santa María, Madre de Dios

Primera lectura: Números 6,22-27

Invocarán mi nombre sobre los israelitas y yo los bendeciré.

Después del cap. 6 dedicado a la institución del nazireato, el autor del libro de los Números nos ofrece un texto poético de gran calidad artística que recoge una antigua fórmula de bendición. Centrada en la invocación del nombre del Señor, los sacerdotes la pronunciaban sobre la asamblea litúrgica de Israel (todavía hoy esta bendición es llamada «sacerdotal» en la liturgia sinagoga). Entre los muchos bienes que la bendición comunica destaca el don de la paz (*shalom*, en hebreo), entendida no como un bien pasajero o parcial sino como un bien global y posiblemente definitivo. La paz incluye el bienestar, la tranquilidad, la armonía en todas sus dimensiones y relaciones vitales. En otras palabras, la paz como síntesis de la felicidad.

Segunda lectura: Gálatas 4,4-7

Dios envió a su hijo, nacido de una mujer.

La carta a los Gálatas (cristianos de la región de Galacia situada al centro de Asia Menor) es la respuesta de Pablo a las doctrinas difundidas por algunos predicadores judeo-cristianos (los llamados «judaizantes») que, aunque deseaban seguir a Cristo, estaban convencidos de la necesidad de vivir según la ley de Moisés para alcanzar la salvación: según ellos, la fe en Cristo no era suficiente para salvarse.

En este fragmento Pablo trata el misterio fundamental del cristianismo, es decir la encarnación del Hijo de Dios. Es el primer texto del Nuevo Testamento y el único entre los escritos paulinos que alude a la madre de Cristo. Nacer de una mujer significa nacer en la misma condición de todos los seres humanos. María es la prueba concreta de que Jesús se ha hecho igual a todos nosotros. De este modo, el Hijo de Dios se ha incorporado auténticamente a la familia humana para liberar a los que eran esclavos de la Ley y convertirlos en hijos suyos.

También es el primer texto del Nuevo Testamento (cf. Rom 8,15 y Mc 14,36), donde el Padre es llamado cariñosamente *Abba*, es decir papá, una expresión familiar que los judíos no utilizaban para dirigirse a Dios, pero que Jesús adoptó libremente para relacionarse con su Padre.

Evangelio: Lucas 2,16-21

María meditaba todas estas cosas en su corazón. Al cumplirse los ocho días, le pusieron por nombre Jesús.

Esta página evangélica se compone de dos escenas: la visita de los pastores (vv. 16-20) y la imposición del nombre a «Jesús» (v. 21). En la primera, Lucas destaca la personalidad de María que «conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (v. 19). La misma frase la repetirá con una pequeña variante al final del episodio narrado en 2,41-52 (Jesús entre los doctores del templo). En ambos casos, Lucas utiliza el verbo griego *symballô* en sentido técnico (interpretar, hacer exégesis, dar la interpretación adecuada) para ilustrar la actividad interpretativa de María. En nuestro texto María es intérprete de los acontecimientos relacionados con el nacimiento de Jesús porque ha sido testigo privilegiado de las circunstancias entorno al misterio de la encarnación. Conservando todas estas experiencias en su corazón, María continúa la tradición de los sabios de Israel que acudían a la historia pasada para interpretar el momento presente. Es precisamente de esta confrontación entre pasado y presente que emerge el auténtico significado de los acontecimientos.

Sin haberlas estudiado, María recuerda y profundiza en las Escrituras, las interpreta y actualiza constantemente intentando descubrir, no sin sufrimiento, el enigma permanente de su hijo Jesús. El evangelio de Lucas nos presenta a María como una mujer que ha experimentado y vivido intensamente su proceso interior de crecimiento, dejándose involucrar totalmente en el proyecto de Dios y experimentando la prueba hasta el final. Su experiencia es religiosa y también lo es su sabiduría profundamente enraizada en la tradición sapiencial de Israel, el pueblo de la memoria.

En la segunda escena, el evangelista recuerda brevemente el rito de la imposición del nombre a Jesús, un rito que junto con la circuncisión se celebraba en todas las familias judías a los ocho días del nacimiento del niño. Así, el recién nacido entra a formar parte de la alianza y se convierte en un hijo de Abrahán. El nombre «Jesús» (en hebreo, «Dios salva») define la vocación, destino y misión del Hijo de Dios. Su nombre, signo de esperanza y bendición, entra a formar parte de nuestra historia, expresión viva de la presencia de Dios en el mundo.

Epifanía del Señor

Primera lectura: Isaías 60,1-6

La Gloria del Señor amanece sobre ti.

Nuestro texto pertenece a la tercera parte del libro de Isaías (cap. 56–66), obra de un profeta anónimo, al que se le designa con el nombre de Trito-Isaías, que desempeñó su ministerio durante el post-exilio, posiblemente bajo el dominio persa. El ambiente histórico que estos textos presuponen no es el de la deportación de Babilonia sino el de una comunidad en Judá que intenta, con grandes dificultades, reconstruir su historia bajo la guía religiosa de su Dios.

Los cap. 60–62, situados en el centro de la colección, comprenden tres oráculos de salvación (60,1-22; 61,4-11; 62,1-12) con la auto-presentación de un mensajero del Señor enviado a anunciar la salvación para Sión (61,1-3). En todos estos oráculos reina una atmósfera de luz y alegría que recuerda varios textos del Deutero-Isaías.

En 60,1-6 el oráculo celebra, bajo el símbolo de la luz, el triunfo de la nueva Jerusalén que aguarda su restauración completa. Hacia ella caminan en peregrinación todos los pueblos trayendo sus riquezas (cf. Is 2,1-5). El profeta ve una caravana que avanza hacia la ciudad santa en dos grupos: uno formado por los israelitas que regresan del exilio (v. 4) y otro formado por las naciones extranjeras atraídas por la luz y la gloria de Dios que iluminan el monte Sión. Una visión, pues, de universalismo y de unidad en torno a Jerusalén que abre las puertas a la esperanza.

Segunda lectura: Efesios 3,2-3a.5-6

Ahora ha sido revelado que también los gentiles son coherederos.

Pablo proclama la unidad universal en Cristo. Todos los pueblos son llamados a compartir la misma herencia en igualdad de condiciones, sin distinciones ni discriminaciones, pues todos, siendo hijos de Dios, son hermanos. Todos están llamados a formar parte del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, y todos participan de la promesa hecha por Dios a Abrahán. La insistencia del apóstol en la fraternidad universal manifiesta la importancia de esta verdad fundamental para el cristianismo.

Evangelio: Mateo 2,1-12

Venimos de Oriente para adorar al Rey.

En la visita de los magos, la tercera escena del Evangelio de la Infancia (2,1-12), Mateo completa la información expuesta en las dos escenas anteriores: la genealogía de Jesús (1,1-17) y el relato de su nacimiento (1,18-25). En el primer versículo sitúa el nacimiento de Jesús en el tiempo y en el espacio (nótese la concentración de nombres propios).

Herodes el Grande, de origen idumeo, reinó en Palestina del 37 al 4 a.C. A él se deben la nueva construcción del templo y la organización de casi todas las ciudades del reino. Arquetipo del perseguidor, tirano sin control, Herodes escucha aterrorizado el anuncio de un Mesías que viene a limitarle el poder. Cuenta con el apoyo de los dirigentes religiosos e intelectuales del judaísmo y de «toda Jerusalén», quienes comparten sus mismos sentimientos de turbación (vv. 3-4).

Los magos eran una casta de sabios que se dedicaba a la interpretación de sueños, a la magia y astrología. La tradición cristiana los ha identificado con tres soberanos orientales, como tres fueron sus dones al niño Jesús. En la óptica de Mateo, los magos representan a todos los pueblos de la tierra que, a la luz de la estrella, encuentran a Cristo y abrazan su Evangelio. Inspirándose en Is 60,6.11, Mateo describe sus dones: el oro es símbolo de la realeza de Cristo, el incienso de su divinidad y la mirra de sus sufrimientos.

Dos detalles son dignos de mención: en primer lugar, Mateo cita la profecía de Miqueas sin la fórmula introductoria típica de las citas de reflexión o cumplimiento («Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el profeta») y en segundo lugar, la cita no es un comentario del evangelista sino que aparece en boca de los sumos sacerdotes y escribas de la ley. Quizás ésta es la razón que le ha llevado a eliminar la fórmula de introducción: los sumos sacerdotes y escribas conocen las escrituras pero no quieren creer. En consecuencia, no habría sido adecuado que ellos pronunciaran una fórmula de cumplimiento.

Mateo cita el texto de Miqueas con gran libertad. Aparte de dos omisiones (Efratá e Israel) y de la adición del último estico, tomado de 2Sam 5,2 y 1Cr 11,2, el hecho más destacable es que Mateo niega categóricamente por medio del adverbio *oudamôs* («de ninguna manera», «ni mucho menos»), la insignificancia de Belén. Es probable que el evangelista quiera compensar la pequeñez geográfica de Belén con la grandeza teológica de su destino como cuna del Mesías. De este modo, insiste de nuevo en el origen davídico de Jesús: el jefe que ha de venir, el pastor de Israel (cf. 9,36 y Jn 10,1-18) será de Belén.

Bautismo del Señor

Primera lectura: Isaías 42,1-4.6-7

Mirad a mi siervo, a quien prefiero.

El tema «siervo de Yahvé» es uno de los temas más importantes y característicos del Deutero-Isaías. La primera lectura contiene el primero de los «cuatro cánticos del siervo» recogidos en la segunda parte del libro de Isaías (cap. 40–55), aunque de forma incompleta, pues faltan los vv. 5, 8 y 9.

El cántico presenta la iniciativa de Dios respecto a su siervo (elegido y sostenido con su espíritu), después explicita ulteriormente el modo de ser y de actuar del siervo (con mansedumbre y atención al débil), presenta a los destinatarios de la misión del siervo (las naciones) y termina con la intervención de Dios que describe concretamente la misión universal que le ha encomendado (enseñar la justicia a toda la tierra).

La identidad del siervo es difícil de determinar y varía en los diversos textos del Deutero-Isaías. La lectura hebrea privilegia el sentido colectivo y lo identifica con Israel (con todo el pueblo o con una parte representativa del mismo), con el pueblo en exilio que recibe de Dios la misión de darlo a conocer a las naciones paganas. La tradición cristiana, en cambio, lee este texto, igual que los otros tres cánticos del siervo, como profecía de la figura y misión del Mesías, Jesús de Nazaret.

Aun cuando en nuestro texto se mencionan las dificultades que el siervo encontrará durante su misión (vv. 3-4), en realidad no parece que el profeta esté interesado en presentar la figura de un siervo sufriente. En cuanto a la identidad del siervo, no sabemos si se refiere a una colectividad personificada como individuo o a un individuo real en el presente o en el futuro. Otra solución es ver en el siervo una figura (indeterminada) que encarna la obediencia a la Palabra de Dios.

Segunda lectura: Hechos de los Apóstoles 10,34-38

Dios jugó a Jesús con la fuerza del Espíritu Santo.

En el cap. 10 del libro de los Hechos de los Apóstoles, Lucas cuenta la evangelización de la familia de Cornelio, un centurión romano que era «temeroso de Dios». Su familia fue la primera familia pagana en incorporarse a la Iglesia. El encuentro entre Pedro y Cornelio se desarrolla en tres

escenas: la embajada de Cornelio (vv. 1-23a), Pedro en casa de Cornelio (vv. 23b-48) y el discurso de Pedro a Cornelio (vv. 34-43) incluido en la escena anterior.

El fragmento escogido para la liturgia de hoy recoge solamente cinco de los diez versículos que componen el discurso que Lucas pone en boca de Pedro (vv. 34-38). Refiriéndose al episodio anterior, el apóstol insiste en que Dios no hace distinción de personas (vv. 34-36) y luego continúa con una catequesis apostólica o resumen del anuncio cristiano (vv. 37-38) que consiste en una reflexión sobre la vida de Jesús a partir del Bautismo.

Evangelio: Mateo 3,13-17

Apenas se bautizó Jesús, vio que el Espíritu de Dios bajaba sobre él.

Con el bautismo en el Jordán termina la vida oculta en Nazaret y empieza la vida pública de Jesús y su misión evangelizadora. A diferencia de los otros sinópticos, Mateo es el único que menciona la reacción contraria de Juan Bautista cuando Jesús le pide que lo bautice: «Soy yo el que necesita que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?» (v. 14). La respuesta de Jesús (son las primeras palabras que pronuncia en el evangelio) puede considerarse como una síntesis programática de su misión. Se concentra en dos términos característicos del evangelio de Mateo: el verbo «cumplir» y el sustantivo «justicia», que ha desaparecido en la traducción aquí utilizada. En el texto griego leemos: «Deja ahora, así pues conviene que cumplamos toda justicia». En el evangelio de Mateo cumplir no es simplemente «hacer» sino «dar o llevar a plenitud» y justicia equivale a «cumplir la voluntad del Padre». Así pues, ambos vocablos expresan la idea del proyecto divino que Jesús ha aceptado libremente.

La escena del bautismo no es una mera introducción o preparación de su ministerio; es en sí misma un acto salvífico, el primero de otros que se sucederán y que culminará en el sacrificio de la cruz. Mateo describe la escena inspirándose en las teofanías que acompañan los relatos de vocación profética, donde Dios no sólo habla con palabras sino también mediante signos: el signo de los cielos abiertos, la visión, el Espíritu que desciende en forma visible, la voz que viene del cielo (cf. Ez 1,1; 2,2).

El clímax se alcanza con las palabras del Padre: «Tú eres mi hijo amado, mi predilecto» (en el texto griego dice: «en quien me he complacido»). Dios Padre ha revelado a su Hijo único, el Mesías, el profeta que llevará a cabo la obra del siervo de Yahvé (ver primera lectura), conduciendo a la Iglesia a la liberación completa y definitiva.